

## EDUCAR EN LA REINVENCIÓN DE LA SOLIDARIDAD

*El presente artículo parte de una doble convicción. La primera es que buena parte de lo que hoy se entiende y practica como solidaridad carece de contenido moral. La segunda es que importa reinventar con urgencia la solidaridad como valor ético, que se pueda integrar en el marco social y educativo en el que nos movemos. Esto permitirá generar un pensamiento riguroso en sus fundamentos y flexible en su realización, de suerte que la cultura de la solidaridad responda a un cultivo a largo plazo y no a una moda tan efímera como ineficaz.*

*Educación en la reinvencción de la solidaridad. Cuadernos Bakeaz, nº 22 (1997) 1-15.*

Los años 80 fueron tiempos de obsesión por todo lo juvenil. Ser joven -o aparentarlo- era sinónimo de reconocimiento social. Con los años 90 una nueva obsesión ha poblado las calles: hemos entrado en la era de la solidaridad.

Junto a la presencia y acción de personas y colectivos en zonas de conflicto bélico o grave inestabilidad social y a la aportación del voluntariado a enfermos, inmigrantes, gente sin hogar y necesitados de todo tipo, se observa igualmente la profusión de acciones que se presentan en forma de espectáculos televisivos y festivales benéficos con intervención de famosas y famosos, y que, pese a pregonar su objetivo solidario, no dejan de competir por más audiencia y de hacer gala del llamado "mecenazgo" social de entidades financieras, empresas de todo tipo y multinacionales que, con sus donativos, apoyan causas solidarias desde la óptica de su propio beneficio económico.

Con esta primera ojeada al mundo de la solidaridad constatamos no sólo una nueva moda o una estética más o menos aceptable, sino también una lamentable confusión ante el secuestro de un valor ético. Porque, si el secreto de la moralidad de una persona o de una sociedad radica -según Ortega- en "mantenerse en el propio quicio", sin duda hoy nuestra sociedad se encuentra des-quiciada, des-moralizada, a merced de una solidaridad en la que todo vale y en la que no se cuestiona si, con ello, la sociedad progresa moralmente o no.

Por otro lado, en el ámbito educativo nos hallamos ante las enormes posibilidades transformadoras de los llamados temas *transversales* que abre la LOGSE <sup>1</sup>, entre los cuales estaría, sin duda, el de la solidaridad. Pero, salvo honrosas excepciones, esos temas encuentran poco eco entre un profesorado que los considera como algo cargante y añadido a lo mucho que hay que hacer.

Ante esta situación, nos proponemos aquí un doble objetivo: aportar elementos de clarificación con el fin de abordar los distintos modelos de solidaridad que hoy coexisten en las sociedades occidentales y perfilar los rasgos de un modelo alternativo que permita reinventar la solidaridad a base de los recursos con los que cuenta todo ser humano.

## I. Modelos de solidaridad

### El peso de la realidad que desborda

Por más que el análisis de la situación política, cultural y económica de nuestra sociedad no constituye el motivo central de nuestra reflexión, importa recordar algunos aspectos de la realidad en que vivimos, antes de describir los distintos modelos de solidaridad. No se nos oculta que la percepción de esa realidad se torna en peso que desborda, cuando no en tragedia difícil de asimilar. Este peso se articula, al menos, en las siguientes dimensiones:

1. *El peso del Norte frente al Sur*, a escala planetaria. Este peso se expresa con la categoría de *desigualdad*, cuya presencia es necesaria para que el bienestar del Norte se mantenga intocable.

2. *El peso del límite del crecimiento económico* y la imposibilidad de universalizar el nivel de consumo que alcanzamos en Occidente. La globalización de la economía, que queda en manos del mercado, ha demostrado que el capitalismo fracasa cuando se trata de asegurar el bienestar e incluso la simple supervivencia del conjunto de la humanidad.

3. *El peso de la sociedad postindustrial* que gira entorno del doble fenómeno de la dualización y de la exclusión social: punto y contrapunto de un proceso que no sólo afecta a la brecha creciente entre Norte y Sur, sino que revela un Cuarto mundo, formado por personas y colectivos marginados de los circuitos productivos, que, viviendo en la precariedad existencial y relaciona], constituyen los "náufragos del sistema".

### 4. El peso del pensamiento único. Asistimos a una nueva forma de totalitarismo económico, político

y mental que se pliega ante el aparente triunfo definitivo del mercado, un mercado necesariamente ligado al gran poder de control social que representan los medios de comunicación de masas. Asistimos a un proceso de globalización que, si bien uniforma ciertos hábitos y costumbres, ayuda a ensanchar la brecha entre el Norte y el Sur.

5. *El peso de la cultura posmoderna*, que, tras declarar fracasado el proyecto ilustrado moderno, arrastró a los mismos lodos la posibilidad de retomar un modelo de razón que aliente y sostenga a la totalidad del ser humano. Así, a falta de referentes racionales universales, el fragmento se ha adueñado de la cultura contemporánea y la persona ha quedado reducida a consumidora empedernida de realidades virtuales. En esta atmósfera sólo se respira el malestar causado por la falta de referentes políticos, éticos e incluso religiosos.

Ante el peso de esa realidad ¿cuáles son los modelos de solidaridad que han surgido o surgen para afrontar esta situación?

## Los cuatro modelos de solidaridad

1. *Solidaridad como espectáculo.* A principio de los años 80 algunos grupos musicales famosos lanzaron al mercado canciones cuyos beneficios iban a parar a causas solidarias. A este tipo de acciones aisladas le siguieron más tarde festivales y espectáculos cuyo reclamo era la colaboración en gestos solidarios. La pasión por lo nuevo que la moda posmoderna impone se convierte en consumo de solidaridad, cuyos beneficios no radican tanto en el valor de la solidaridad en sí como en el valor de cambio que suponen para el individuo consumidor.

Para la solidaridad como espectáculo, no existen conflictos sociales, sino únicamente desgracias ocasionales. De ahí que enmascare los problemas sociales, políticos y económicos de fondo y pretenda sólo provocar reacciones emocionales y sensación de utilidad. Pero falta todo análisis crítico de la realidad y, por consiguiente, la posibilidad de una toma de conciencia y de una movilización contra la injusticia. Así, más que realizar una acción solidaria, lo que se hace es consumir solidaridad en un horizonte socio-político de mantenimiento del desorden establecido.

Desde el punto de vista ético, este modelo encaja en lo que Lipovetsky denomina *altruismo indoloro* (*El crepúsculo del deber*, Barcelona, 1994, 129-133) propio de una sociedad posmoralista en la que ha desaparecido el deber, el sacrificio y el esfuerzo. La solidaridad vale si no cuesta, tiene sentido si presenta un rostro amable y me hace sentir a gusto. El compromiso que se adquiere es mínimo. Únicamente una participación pasajera, a la carta, a la que uno consagra el tiempo y el dinero que quiere y por el que se moviliza cuando quiere, como quiere y conforme a sus deseos primordiales de autonomía individual.

El *altruismo indoloro* es potenciado por los medios de comunicación de masas. La tele-solidaridad busca adictos y por ello busca causas solidarias. En este sentido, la lógica del "cuanto peor, mejor" cabe aplicarla a la solidaridad como espectáculo: cuanto más trágica sea la causa por la que se busque consumo solidario de audiencia, más éxito se obtendrá en la respuesta. En definitiva, quien maneja e instrumentaliza ese modelo de solidaridad es el mercado y sus leyes de máximo beneficio.

2. *Solidaridad como campaña.* En parte, se trata de una variante de la anterior referida a los casos de máxima urgencia. Los recientes sucesos, por ej., en Kosovo, y los no tan recientes de Albania pueden servir de ejemplo. El análisis del conflicto se soslaya. Si los albaneses huyen en barcas a Italia, es un problema de política interior albanesa. Y lo mismo sucede con las catástrofes naturales. ¿Quién se pregunta por qué un seísmo de la misma intensidad produce distintos efectos en Los Angeles y en Managua? Parece como si las cosas sucedieran por circunstancias fatales, cuando una buena parte de esas circunstancias tienen nombre y responsables.

Las campañas de solidaridad remiten a la denominada ayuda humanitaria, una ayuda que no resuelve los problemas de fondo ni sus causas estructurales. Se asemeja a un servicio de urgencias colapsado. J.M. Mendiluce lo expresa muy bien: "Están sonando todas las señales de alerta. El servicio de urgencias no puede, por sí solo, evitar la llegada de más y más víctimas, porque no cuenta con mecanismos de prevención. Y tampoco dispone de los necesarios para la curación. Evita muchas muertes, pero no

todas. Y no puede dar de alta a los pacientes para que vuelvan a casa". Y Emma Bonino apostilla: "La acción humanitaria no puede, por sí sola, resolver ninguna crisis".

A esto hay que añadir que las campañas emprendidas por los medios de comunicación y las grandes organizaciones humanitarias no hacen, generalmente, un seguimiento de la situación, de cómo se distribuyen las ayudas y de sus efectos. En todo caso, la solidaridad en forma de campaña atiende a la punta del iceberg, a situaciones límite. Es una solidaridad que comienza y acaba en la ayuda concreta en un conflicto concreto y que se desentiende de los procesos que lo han producido.

Desde el punto de vista ético, nos encontramos aquí con una moral sentimental-mediática en la que prevalece la simpatía emotiva hacia las víctimas de las tragedias. La conmoción ha de llevar a una acción entendida como pura contribución económica. Es el caso, por ej., del apadrinamiento de niños de Tercer mundo, a los que se les da la posibilidad de comer caliente todos los días, de ir bien vestidos y, sobretodo, de estudiar. Con tratarse de una ayuda magnífica, dirigida a este niño que tenemos en la foto, no deja de plantearnos serios interrogantes. ¿En qué contexto de acción solidaria - familia, colectividad, territorio- se enmarca? ¿cómo resolver los problemas que plantea la excepción "lujosa" en un medio inmerso en la más absoluta pobreza? ¿Qué proceso personal y comunitario de lucha por la justicia, de amor a las raíces culturales y sociales anima esa forma de solidaridad?

Estos y otros interrogantes han cuestionado la labor de algunas organizaciones humanitarias. El toque de alerta lo dio uno de los Hermanos maristas españoles asesinado en 1996 en el Zaire. Escribiendo a su familia en julio de 1995, les decía: "Todo hay que decirlo. Se encuentran por aquí muchos "profesionales" de las organizaciones humanitarias que hacen grandes negocios aprovechándose del dinero y las ayudas enviadas para los refugiados. (...). Hasta de la miseria se aprovecha la gente".

En este contexto no es de extrañar que personas como Rigoberta Menchu cuestionen el modelo de solidaridad vigente: "La solidaridad, cuando es sólo una palabra, nos aburre y ha llegado el momento de pasar realmente a la acción". La solidaridad centrada en campañas que no se insertan en procesos de acción-reflexión-acción está destinada a quedarse en la superficie de los problemas, sin traspasar el umbral que se interroga por las causas que generan las tragedias que intentan paliar y que, yendo más a fondo, se podrían evitar.

### **Solidaridad como cooperación**

Se trata de una *cooperación para el desarrollo*. Y la practican no pocas ONG y la mayor parte de los Estados del Norte. Sin embargo, muy a menudo se comprende desde patrones culturales occidentales. De ahí la concentración de buena parte de este modelo en los denominados *proyectos de desarrollo*, a los que se aplican criterios economistas, sin duda necesarios, pero que no pocas veces no dejan aflorar el movimiento social y de base que se encuentra en los receptores-protagonistas de los proyectos.

Este modelo de solidaridad puede caer en la tentación de convertir ese tipo de cooperación en un fin en sí mismo, perdiendo el horizonte de cambio social que ha de perseguir. Sin embargo, tampoco podemos dejar de lado la *experiencia positiva* que,

para muchas personas, ha tenido y tiene su labor como cooperante en países de África y América Latina. Así, han proliferado las ONG que, con carácter de apoyo a los más desfavorecidos, han puesto el saber o la técnica de su propia profesión -médicos, constructoras, educadores, etc.- al servicio de la promoción de las poblaciones y la reconstrucción de ciudades y pueblos (como en el caso de Bosnia).

Desde el punto de vista ético, este modelo de solidaridad se aproxima a la denominada *ética del consenso*. Se busca un consenso entre los cooperantes y aquéllos a los que se dirige la cooperación, mediante su participación en los proyectos. La dificultad estriba en el hecho de que las propias entidades cooperantes se muestran reticentes a la hora de aplicar los métodos participativos. Y esto no sólo por el desconocimiento de las metodologías participativas por parte de los destinatarios de los proyectos, sino también por la cerrazón institucional de algunas organizaciones. Así, la cooperación rígida, verticalista y realizada desde los patrones occidentales, o sea, desde la *lógica del proyecto*, incide en una pseudoparticipación que nada tiene que ver con la potenciación de las capacidades de los auténticos protagonistas de los procesos de desarrollo humano.

La solidaridad como cooperación corre, pues, el riesgo de olvidar la vida real y la idiosincrasia de los destinatarios de sus acciones, los cuales son los que, con su propio dinamismo vital, han de generar el movimiento solidario.

### **Solidaridad como encuentro**

Jon Sobrino suele decir que no sólo -siguiendo el consejo de Kant- hay que despertar del sueño dogmático para atreverse a pensar por sí mismo, sino que, en el momento actual, es preciso despertar de otro sueño: el sueño de la cruel inhumanidad en la que vivimos como sin darnos cuenta, con el fin de pensar la verdad de las cosas tal como son y actuar en consecuencia. La solidaridad como encuentro responde a este segundo despertar. Significa la experiencia de encontrarse con el mundo del sufrimiento y de la injusticia y no quedarse indiferente. Significa tener suficiente capacidad para pensar, o sea, para analizar, lo más objetivamente posible, esa realidad inhumana en la que vivimos, sin que el peso de ese análisis nos desborde. Y significa vivir de modo que la solidaridad constituya un pilar básico en nuestro proyecto de vida.

Este modelo de solidaridad nace de la experiencia del encuentro con la realidad del "otro" herido en su realidad de persona y tratado como no-persona, como cosa. Se trata de potenciar los procesos de promoción y crecimiento de las personas y colectivos con los que se realiza la acción solidaria. Claro que se debe trabajar desde *proyectos* de acción concretos, como en el caso de la solidaridad como cooperación. La diferencia con ésta radica en que, desde la solidaridad como encuentro, los proyectos *no son fines*, sino *medios* de crecimiento y desarrollo humano. Los proyectos forman parte de un proceso global de promoción humana, de - dinamización comunitaria en el territorio, de autogestión de los propios problemas y soluciones, de invención de nuevas formas de profundización en la democracia de base. Así, la solidaridad como encuentro hace de los destinatarios de su acción los auténticos protagonistas de su proceso de lucha por lo que es justo, por la resolución de sus problemas, por la consecución de su autonomía personal y colectiva.

El modelo ético parte del hecho del "otro", reconocido no sólo como persona igual que yo, sino también justamente como "otro", en algún sentido, dominado, excluido, maltratado. De ahí una cierta posición *asimétrica*. Pues la realización de la persona como conquista de su propia autonomía no es algo dado, sino que constituye un proceso en el que hay que embarcarse. Según Dussel, nos hallamos aquí ante la razón ética originaria, que no se basa tanto en una comprensión de la realidad como en la *compasión* con la persona del "otro" que la padece en su propia piel.

### **Balance de urgencia**

Desde el punto de vista de la *cultura de la solidaridad* que generan, los cuatro modelos anteriores podrían reducirse a dos bloques. El *primero* estaría formado por la solidaridad como espectáculo y como campaña, y por la solidaridad como cooperación, cuando actúa de forma verticalista y según los patrones occidentales. El *segundo* la formarían la solidaridad como encuentro y aquellas formas de cooperación que respetan la participación de los destinatarios, haciendo de ellos, no los objetos, sino los sujetos de los procesos. Tampoco aquí los límites entre los dos bloques están cortados a pico.

Hay una *cultura de la solidaridad posmoderna* que defiende y fomenta una solidaridad que encaja en lo políticamente correcto, que no crea problemas y encauza determinadas corrientes de opinión. Y hay también una *cultura de la solidaridad entendida de forma disidente* que forja *su ser* y *hacer* corriente arriba, en el manantial que brota de la compasión y se desarrolla realizando ¡justicia, sin buscar la discrepancia, pero encontrándose forzosamente con ella en el camino.

La *cultura posmoderna* entiende la solidaridad como *precio*, como un valor de cambio rentable, como si de una mercancía se tratase. En cambio, *la cultura disidente* entiende la solidaridad como un *valor moral* apropiable por cada persona para desarrollar plenamente su proyecto vital y hacer un mundo más habitable.

## **II. El modelo alternativo**

A continuación, intentaremos desarrollar los distintos aspectos del modelo alternativo de solidaridad y la cultura que le arropa.

### **Antropología de la solidaridad**

La solidaridad no es algo añadido, sino que pertenece a la estructura de la condición humana, ya que ésta -como señala M. Buber- es relación y encuentro.

Los rasgos que la definen se resumirían así:

1. *La sociabilidad*. Aunque el ser humano como individualidad se halle vuelto hacia sí mismo, como persona se encuentra constitutivamente vertido hacia el otro. Es en la relación donde se modela la persona. La persona es un *dentro hacia fuera*. La

intersubjetividad de la persona no configura la solidaridad, pero constituye una de sus condiciones de posibilidad.

2. *El apoyo mutuo.* La persona no existe, coexiste. En la lucha por la existencia, el más apto no es necesariamente el más fuerte, sino aquél que mejor sabe convivir y cooperar.

3. *La asimetría.* Pese a la radical igualdad de todos los seres humanos, éstos presentan características que rompen una presunta simetría. Las condiciones biológicas - enfermedad, minusvalías, edad- y las socioeconómicas -desigualdad, exclusión social manifiestan una realidad humana transida por la asimetría.

4. *La historicidad.* La persona no sólo está vertida hacia afuera, hacia los demás, sino que se vierte también hacia adelante en forma de historicidad. Porque ser histórico no es tanto tener una historia, un pasado, como vivir hacia el futuro, de suerte que, en ese futuro -que depende de la capacidad creativa de la persona- la transformación se constituye en el eje constructor y vertebrador de la realidad personal y de su mundo vital. El ser humano está abocado al cambio, haciendo suyas aquellas posibilidades que permiten transformar la realidad que hay que cambiar.

5. *El compromiso,* que constituye un talante, una manera de situarse ante la realidad que hay que cambiar. Como decía Mounier, la persona no se compromete. Queramos o no, vivimos comprometidos. Porque la neutralidad no existe. El compromiso nace de la acción que, a su vez, bebe del pensamiento y del análisis reflexivo. El tipo de compromiso moldea a cada persona.

### **Hacia una ética de la solidaridad**

Entendemos la solidaridad en clave de principio ético de actuación y de configuración de la propia existencia. Por ello, el principio ético de la solidaridad puede y debe afrontarse desde lo que A. Cortina denomina *personalismo solidario*.

Desde la perspectiva educativa en la que nos situamos en este artículo, es preciso señalar algunas *condiciones previas*.

En primer lugar, *es preciso combatir todas las desfiguraciones que impiden la puesta en marcha del impulso solidario:* los prejuicios y estereotipos sociales respecto a los destinatarios, el sentimentalismo que propugna la solidaridad como medio para sentirse uno bien, el activismo de quien siempre está atareado sin saber a dónde dirigir tanto esfuerzo.

En segundo lugar, *es preciso insistir en la condición asimétrica de la realidad humana,* que exige que el ejercicio de la solidaridad camine en dirección contraria a la del mantenimiento indefinido del nivel de vida occidental. La solidaridad toca y cuestiona concepciones y hábitos tan arraigados entre nosotros como el bienestar o la calidad de vida.

En tercer lugar la solidaridad no se puede imponer desde arriba - poder político, poder fáctico de los medios de comunicación-, sino que *precisa de una predisposición favorable al encuentro con el otro.* La *sensibilización* es la resultante de la capacidad

para saborear la realidad, dejándose atrapar cordialmente por ella. En este sentido, constituye como una actitud interior que alimenta todo el proceso, desplazando la clásica versión del "calentamiento de motores" para la acción. Ir al encuentro del prójimo sólo es posible desde el cultivo de la *sensibilidad*, entendida como el movimiento emotivo y volitivo necesario para ver, sin autocensuras ni prejuicios, la verdad de la realidad de quien sufre.

Establecidas estas condiciones previas, podemos ahora exponer el *proceso de la solidaridad*, o sea, el *itinerario*, que, de una u otra forma, en un orden o en otro y con las variantes propias de todo proceso humano, se sigue, de hecho, en la realización de la solidaridad como encuentro.

1. *La experiencia ética acerca del otro.* El punto de partida es anterior a todo razonamiento y se manifiesta como acontecimiento: el otro excluido llama a nuestra puerta. En esa experiencia primera cabe distinguir los siguientes momentos: conocimiento del otro como excluido, despojado de la condición de persona; reconocimiento del otro como persona, como sujeto digno de respeto; percepción de que la persona excluida no tiene desarrollada la conciencia de su condición.

Esta experiencia requiere la actitud de abrirse al *otro* como distinto de mí, lo cual implica ponerse en su lugar, aprender a ver el mundo desde su perspectiva, dejarse desinstalar por el otro. Desde el punto de vista educativo, en el que nos situamos, marcamos unos mínimos éticos, sin olvidar el máximo ético de la donación total, propio, por ej., de la postura auténticamente cristiana.

2. *La compasión.* Como dice A. Arteta, "la compasión consiste en sufrir en uno mismo *por* el dolor del otro, pero no, evidentemente, en *sufrir el mismo dolor que el otro*". La solidaridad que nace de la compasión no acaba en ella, sino que nos lleva a reconocer en el otro un más allá que se sitúa en el terreno de sus posibilidades creativas y a considerarle -con G. Marcel- "no tanto por lo que es sino por lo que será".

3. *El reconocimiento.* Reconocer al otro herido en su dignidad es hacerse cargo de la posibilidad de recuperar su dignidad maltratada. Para que el reconocimiento sea pleno ha de percibir lo que hay detrás y más allá de la situación personal del excluido, o sea, aquellos recursos personales que es capaz de poner en acción cada uno para lograr su propia autonomía como persona.

4. *La acción transformadora.* Partiendo de las capacidades del sujeto afectado, la acción solidaria ha de plasmarse en proyectos transformadores de la realidad, los cuales han de: a) responder a las necesidades reales de las personas y colectivos excluidos; b) proponer objetivos alcanzables; c) ser concretos y, por consiguiente, evaluables; d) realizarse en equipo.

5. *La movilización.* Se trata de ir creando un tejido social al que se va dando forma desde la base de los problemas y de las personas. La movilización no puede prescindir de tres ámbitos de la sociedad: el de la economía, el político-estatal y el tercer sector o sector solidario. A estos tres ámbitos responden tres lógicas distintas que, siguiendo a J. García Roca y J. Lacroix, podemos sintetizar así:



a) *La lógica del intercambio* y la competitividad, encarnada en el mercado, se rige por la ley de la fuerza, cuyo resultado ha sido el encumbramiento de los más hábiles y la exclusión de los más débiles. El mercado ha generado un darwinismo social que cristaliza en la dualización creciente de nuestra sociedad.

b) *La lógica política*, encarnada en el Estado y presidida por la ley del derecho, que conduce a la juridización de los asuntos públicos y al control del dinamismo transformador que proviene de la sociedad civil.

c) *La lógica*, movilizadora y participativa, del sector solidario, presidida por la ley del amor, el cual, considerado en su dimensión estructural, apunta al cumplimiento de la ley desde la perspectiva del impulso moral que la asiste.

El *sector solidario* está llamado a fomentar la sinergia de relaciones en la que se potencian todos los factores -políticos, económicos, sociales- que entran en juego para la realización de la justicia social.

6. *El horizonte de la realización de la justicia*. Tanto la compasión como la movilización apuntan a la justicia social. Pero hoy la justicia es la gran olvidada en el festín posmoderno. Con Luís de Sebastián, entendemos que la justicia

social se basa "en la igualdad y hermandad de los hombres y en la universalidad de sus derechos esenciales". Cada generación de derechos humanos se ha correspondido históricamente con un valor aglutinador y con un proceso de legitimación del sistema democrático. Así:

A la *primera generación*, le corresponden los derechos civiles y políticos nacidos de la Ilustración y aglutinados por el valor de la libertad, entendida en clave individualista, que configura en términos políticos lo que hoy conocemos como democracia formal.

A la *segunda generación*, le corresponden los derechos económicos, sociales y culturales conquistados por los movimientos obreros a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Tomando como divisa el valor de la *igualdad*, tratan de compensar los excesos del liberalismo económico inclinando el modelo político hacia un *Estado social*.

A la *tercera generación*, le corresponden los derechos sobre el medio ambiente y la paz. Sin ser un añadido, cuestionan los grandes desequilibrios actuales de nuestro planeta. El valor clave es la *solidaridad*, que invita a profundizar en los modelos políticos y económicos en vigor.

Ubicamos la realización de la justicia en el cumplimiento de los derechos humanos de tercera generación, teniendo en cuenta que el valor de la justicia social como universalización de los derechos esenciales de las personas y de los pueblos ha de actuar en cada uno como una convicción ineludible.

## Educación en la solidaridad

Reinventar la solidaridad implica articular, desde la comunidad educativa, una cultura de la solidaridad disidente y creativa.

1. *Historización de la solidaridad.* Para I. Ellacuría, historizar no es contar la historia de un concepto, sino ponerlo en relación con la historia concreta: situarla social, económica, política y culturalmente. En términos educativos proponemos historizar el valor de la solidaridad en cuatro momentos sucesivos y complementarios:

a) *Desenmascarar las falsas realizaciones de la solidaridad.* Se trata de poner al descubierto las contradicciones de la moda solidaria, que, en el mejor de los casos, se queda en ayuda aislada y, demasiadas veces, se reduce a espectáculo y marketing.

b) *Verificar el valor propositivo de la solidaridad.* Se trata de investigar dónde, cuándo, cómo y por qué medios se verifica el valor de la solidaridad hoy. Conviene que miremos al Sur, allí donde nacen muchas y creativas respuestas solidarias, sin dejar de observar la más cercana solidaridad cotidiana, que se da espontáneamente entre los vecinos del barrio y del pueblo. Verificar el valor de la solidaridad significa convencerme de que es posible llenar la acción solidaria de contenido compasivo transformador.

c) *Estimar el valor de la solidaridad,* que se enraíza en la acción solidaria. Así, el valor de la solidaridad, que se encarna en la realidad de los acontecimientos y en la propia experiencia, va acondicionando, junto con otros valores que se sitúan en la misma sintonía, la realidad personal de cada cual y, simultáneamente,, acondiciona nuestro mundo haciéndolo más habitable.

c) *Realizar el valor de la solidaridad,* que implica incorporar de modo efectivo y vital el valor de la solidaridad al particular proyecto de vida en aspectos bien concretos - planteamiento profesional, utilización del tiempo libre, del dinero, etc.-, al análisis de la realidad en la que vivimos, al mundo de relaciones en el que nos movemos.

Conviene insistir en que *la educación en la solidaridad* persigue objetivos a largo plazo y, por ello, renuncia moverse en el terreno de las campañas inmediatistas. Las campañas tendrán sentido si se incorporan coherentemente en la lógica de los procesos educativos en marcha, si ayudan a desenmascarar las falsas realizaciones de la solidaridad y si potencian elementos de historización del contenido concreto de la solidaridad. Así, desde la articulación de un proceso educativo serio, se puede ir fraguando la opción moral por la solidaridad como categoría ética con la que construir la propia persona y la sociedad en la que uno vive.

2. *Principios pedagógicos.* El proceso de historización de la solidaridad se alimenta de una serie de principios pedagógicos. Proponemos los siguientes:

a) *La acción-reflexión.* La reflexión aislada culmina en pensamiento estéril y la actuación sin reflexión provoca agitadores irresponsables. El reto consiste en la articulación del difícil equilibrio que supone vivir en la tensión pensamiento-acción.

b) *La esperanza*. Sólo vale la esperanza -decía G. Marcel- para quien vive en camino. La esperanza es el resorte secreto del ser humano itinerante. Somos apertura y, por tanto, estamos sujetos al cambio. La esperanza es la guía que nos orienta en el cambio.

c) *El amor*. Un amor que parte de la condición asimétrica del ser humano en la realidad en la que vivimos. Es preciso aprender a vivir en la reciprocidad que proporciona el amor entre sujetos, aunque sean sujetos asimétricamente situados.

d) *El proceso*. La educación en la solidaridad, especialmente si la realizamos desde el marco de los temas transversales, no puede reducirse a campaña ocasional. Mediante la educación en la solidaridad, todos incorporamos progresivamente este valor tanto en el centro educativo como en el entorno.

e) *La creatividad*. Todo está por inventar. En el ámbito de las propuestas y realización de actividades en el centro educativo hemos de impulsar la creatividad y la imaginación solidaria.

f) *El conflicto*. Educamos en la solidaridad porque vivimos en un mundo transido por la injusticia y la desigualdad social. Educar en el conflicto conlleva sacarlo a la luz, poner nombre a las causas que lo generan y apostar por las víctimas que lo sufren. La solidaridad como principio ético sólo puede crecer si se propone superar el conflicto mediante la fuerza ética que genera la solidaridad.

## Conclusión

La crisis global en la que vivimos inmersos nos aleja de referentes utópicos, ya que, una a una, las utopías occidentales se han ido viniendo abajo. Pero existen otras posibilidades que van perforando la realidad injusta y van probando que la realidad sí es transformable, aunque no de la noche a la mañana.

Reinventar la solidaridad significa no claudicar ante el persistente anuncio del naufragio de las utopías. Y ser solidarios significa reinventar la solidaridad en forma de itinerario modesto, de camino vecinal, alejado de las autopistas y de las altas velocidades. De este modo, se constituye en principio ético que es posible incorporaren cada persona, sin dejar de incidir de forma significativa en la sociedad en la que vivimos.

---

## Notas:

<sup>1</sup>La LOGSE es la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo aprobada en 1990 por el Parlamento español. Los temas transversales de que se habla en dicha Ley vienen a ser temas que cruzan distintas asignaturas y que, por consiguiente, deben ser abordados y tratados pluridisciplinariamente. (Nota de la Redacción).